

yor parte hállanse relacionados con los cultos de las divinidades que se celebraban en aquellos días; pero dado el estado actual de los conocimientos, no es posible explicarlos todos ¹).

Ahora bien; si examinamos en conjunto el poema, sin perder de vista las ideas fundamentales que acabamos de exponer, reconoceremos que todo él está en perfecta armonía con las circunstancias por que atravesaba el poeta y con la intención del mismo, que no era otra que disuadir á su hermano del propósito de enriquecerse por medio de injustos litigios, exhortándole á dedicarse al cultivo del campo. Por otra parte, es innegable que no ha logrado el autor combinar las diversas partes de su obra de tal modo que formaran un conjunto armónico, en el cual cada una de ellas, como otros tantos miembros de un cuerpo vivo, tuviese un lugar fijo. Lejos de esto, rara vez existe entre las mismas un vínculo de unión, y al terminar una, sólo sirve como de preparación para la siguiente un anuncio como este: «Ahora, si quieres, te hablaré de otra cosa ²)» ó bien, «Ahora voy á contar á los reyes una fábula que comprenderán perfectamente ³)» y otros análogos. Si comparamos este poema con los de Homero, claramente se ve que el arte poético ha degenerado. La razón de la inferioridad de los Trabajos y Días está en que en aquella época remota, sobre todo, debían ser infinitamente mayores las dificultades con que había de tropezar el que quisiera recoger en una obra poética completa una serie de observaciones generales sobre la vida humana, que el que pretendiera narrar un gran acontecimiento heróico.

Por lo demás, no deja de encontrarse cierta uniformidad en el carácter general del poema así como en las ideas que en él se desarrollan; y al leerlo sentímonos trasportados á aquella edad primitiva en que ni el rico se avergonzaba de aumentar sus bie-

¹) Al hablar del sétimo día, el poeta mismo nos hace notar la relación que éste tiene con Apolo. El τετράς del comienzo y del fin del mes, era un día en que había que temer toda clase de desgracias. Se le consideraba como el día del natalicio del infortunado Heracles. El diez y siete, debía llevarse el trigo á la era. El diez y siete del Boedromion era día de sacrificios á Demeter y á Cora en Atenas (*Corpus Inscriptionum Graec.*, n.º 523) y un día importante para los Eleusinos. [En Plutarco, *Camill.* 19, parece haber censurado esta parte del poema el filósofo Heráclito.]

²) Verso 106.

³) Verso 202.

nes con el sudor de su propia frente, ni el cuidado de los asuntos domésticos era reputado innoble, como lo fué en época posterior por los Griegos, cuando de simples agricultores se convirtieron en políticos. Un sano juicio para administrar los propios intereses y cierta habilidad calculadora y egoísta, profundamente arraigada en el carácter griego, se asocian en él á muchos honrados principios de justicia, traducidos en hermosas sentencias y en nobles imágenes. Si nos representamos al poeta como educado en esta ciencia sentenciosa, herencia de sus antepasados, y profundamente convencido de la necesidad de emprender una vida laboriosa, comprenderemos con facilidad cuán profundamente debió conmovérle la conducta de su hermano Perses y cómo, precisamente porque ésta estaba en abierta oposición con sus sentimientos, le indujo á exhalar sus quejas en una composición poética. En mi concepto, hemos hallado aquí la verdadera *fente de la epopeya didáctica*, cuyo objeto no puede ser exclusivamente la enseñanza, que nada de común tiene con la poesía. En el fondo de toda verdadera poesía didáctica late siempre una idea grande, poderosa, que atrae y conmueve, y á la cual la mente se esfuerza en dar una forma definida y determinada. En los Trabajos y Días, esta idea fundamental es evidente y manifiesta: encuéntrase en los decretos y en las instituciones de los dioses que protegen la justicia, que hacen del trabajo el único camino que lleva á la felicidad, y que ordenan el curso del año de modo tal, que cada trabajo tiene su estación propia que ciertas señales revelan al hombre. Al proclamar este orden inmutable y estas leyes eternas, el poeta se siente arrastrado por la alteza de su asunto, y la embriagadora emoción que se apodera de su alma se revela en el tono sibilino y en el sacerdotal estilo de muchas de sus exhortaciones y preceptos ⁴). Este carácter sacerdotal se observa muy especialmente en el final del poema; y era cosa muy corriente que muchos antiguos enlazasen con el último verso:

«Observando las aves y evitando las trasgresiones,»

⁴) Aludimos aquí, muy especialmente, al μέγα νήπιε Πέρση de Hesiodo [versos 286, 633. Véase 131 y 397] al μέγα νήπιε Κροΐσε de la Pitonisa [en Heródoto 1, 85] y á los términos verdaderamente sibilinos de los Trabajos y Días, tales como πέντοζος las cinco ramas [verso 742], por la mano, el que duerme de día ἡμερόκοιτος ἀνὴρ [verso 605], por el ladrón [χειροδίκης verso 189], y otros, acerca de los que debe verse el Hesiodo de Götting, *Praef.*, p. xxx y xxx.

otro poema didáctico de la misma escuela sobre la *adivinación* ¹⁾). Este último trataba probablemente del vuelo y del canto de las aves, porque Hesiodo, según Pausanias ²⁾, había aprendido el arte de adivinar, en la Acarnania, donde habitaban las familias de augures descendientes de Melampo, el cual comenzó á comprender el lenguaje de las aves desde que, niño aún, las serpientes le lamieron las orejas ³⁾.

Mucho más deplorable que la pérdida de este apéndice sobre la adivinación es la de la *Doctrina de Chiron* (*Χείρωνος ὑποθήκαι*) del mismo Hesiodo; esta obra era como una especie de complemento de los Trabajos y Días, porque mientras este último poema, que poseemos entero, no rebasa jamás los límites de las ocupaciones anuales del agricultor beocio, aquél, por el contrario, presentaba al sabio Centauro, que en su caverna del monte Pelion enseñaba al joven Aquiles cuanto puede convenir á un príncipe y á un héroe. Así es que no sin razón, aplicando á éste el nombre de otro poema alemán de la Edad Media, se le ha llamado *Espejo de la Caballería griega* ⁴⁾.

Pero sigamos á la poesía hesiódica en su grandiosa empresa de formar, de los mitos religiosos de los Helenos, un cuadro ordenado y armónico de la genealogía, del poder y en general de la historia toda de los dioses griegos. La *Teogonía* de Hesiodo, áun considerada bajo el solo punto de vista de la poesía, es obra muy estimable, pues al lado de muchos mitos contiene pensamientos y descripciones de admirable elevación; pero sobre todo es un monumento de grandísima importancia para la historia de la religión griega. La *Teogonía* es, en efecto, como la piedra de toque que nos da á conocer el valor y la generalidad de las ideas acerca de los dioses, de sus gerarquías y de su mútuo parentesco, ideas que habían alcanzado en Grecia mayor desarrollo y carácter más vario que en ningún otro país del mundo antiguo. Cuantos mitos no pudieron conciliarse con este poema cayeron en la oscuridad propia de las tradiciones puramente locales, y sólo con-

¹⁾ Τούτοις ἐπάγουσι τινες τὴν Ὀρνιθομαντείαν, ἢ τινὰ Ἀπολλώνιος ὁ Ῥόδιος ἀθετεί. Proclo, *ad. v. ult.* (824) *Trabajos y Días*.

²⁾ [9, 31, 5. A la adivinación se refiere también el verso 32 del Proemio de la *Teogonía*. Véase Cap. IX.]

³⁾ [Véase Cap. X.]

⁴⁾ [Aristófanes de Bizancio negó, según Quintiliano 1, 1, 15, á Hesiodo la paternidad de este poema. Véase también Ciceron, *Ep. ad Atticum* 7, 18.]

tinuaron viviendo, ó en el estrecho círculo de los habitantes de cualquiera ciudad de la Arcadia, ó en el de los ministros de un templo determinado, bajo la forma de historias maravillosas y extrañas, con tanto más celo conservadas cuanto que precisamente á causa de su misma incompatibilidad con la *Teogonía* ya recibida, alcanzaron él atractivo del misterio ¹⁾. Gracias á Hesiodo tuvo por primera vez la Grecia una especie de Código religioso, el cual, aunque carecía de sanción externa, de sacerdotes que lo custodiasen, y de intérpretes, como los tuvieron los Vedas en los Brahmanes, el Zend-Avesta en los Magos, las leyes de Moisés en los Levitas, había de ejercer grandísima influencia en el estado religioso de los Griegos, haciéndoles sentir la necesidad de un acuerdo en lo tocante á las ideas fundamentales de la religión, al mismo tiempo que reunía en un solo cuerpo las ideas profesadas por las tribus más poderosas y las conservadas en los más célebres santuarios. Ahora se comprenderá con cuánta razón dijo Heródoto, que Homero y Hesiodo habían creado la *Teogonía* de los Griegos, dando nombre, dignidad y ministerio á sus dioses ²⁾.

¹⁾ ¡Cuántas leyendas de esta índole inconciliables con la *Teogonía* encontró Pausanias, especialmente en Arcadia! ¡Y cuán poco sabemos hoy de ellas por los poetas que se dirigieron en sus cantos á la nación entera! Los trágicos de Atenas siguen más, cuando hablan del parentesco de los dioses, la *Teogonía* de Hesiodo, que los cultos locales y las tradiciones del Atica.

²⁾ [Véase lo que antes ha dicho el mismo O. Müller, en sus *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie*, p. 371 y ss., sobre la *Teogonía* de Hesiodo. Es casi indudable que Bernhardt tiene razón, cuando en su *gr. Litteratur*, vol. 2, 1, p. 304 de la 3.^a edic., dice que es gran error considerar á la *Teogonía* como un Código religioso de los Helenos. Antes bien, deben considerarse como ensayos de tales, los poemas que desde la época de Pisístrato andaban en boga, y los cuales, sin embargo, nunca lograron ser generalmente aceptados. Por otra parte, es fuerza convenir en que la opinión de Heródoto 2, 53: οὗτοι δὲ (Homero y Hesiodo) εἰσι οἱ ποιήσαντες θεογονίην "Ἐλλῆσι καὶ τοῖσι θεοῖσι τὰς ἐπωνυμίας δόντες καὶ τιμὰς τε καὶ τέχνας διελόντες, καὶ εἶδεα αὐτῶν σημήναντες, era la más difundida entre los Griegos y en que los filósofos fueron sus principales mantenedores. Véanse, por ejemplo, los conocidos versos del filósofo Jenófanes:

πάντα θεοῖς ἀνέθηκον Ὀμηρος ὁ Ἡσιόδος τε,
οἳ πλεῖστοι ἐφθέγγαντο θεῶν ἀθεμίστια ἔργα.

De un modo análogo se expresa Heráclito en Diógenes Laercio 9, 1, 1 (véase *Fragm.* 25 y 134 de Schuster y las *Acta societ. philol.*, vol. 3, de Ritschl), á quien siguió Platon; mientras que de otro lado, los ensayos, ya de antiguo comenzados, y continuados más tarde principalmente por los estóicos, de una ex-

Según las creencias religiosas de los Griegos, la Divinidad omnipotente que gobierna el mundo y que, omnisciente, regula los destinos de los hombres, carece de un atributo que nosotros consideramos como el más esencial de la divinidad; este atributo es la *eternidad*. Los dioses de la Grecia estaban demasiado ligados al mundo de la materia para que no les alcanzasen también las leyes del desenvolvimiento de las grandes masas que poco á poco fueron revistiendo formas más perfectas. Los dioses olímpicos eran para los Griegos, más que el origen del universo, la cumbre y el vértice de la vida orgánica y animal. Así *Zeus*, á quien debemos considerar como divinidad propia de los Griegos, recibió ya mucho tiempo antes de Homero y Hesiodo el nombre de Cronos ó Crónides, que según la interpretación más probable significa hijo de los tiempos antiquísimos ó del tiempo primitivo¹⁾; y soberano único del cielo y del éter, descendía del Cielo mismo, como mitad del Universo y uno de los primitivos seres cósmicos. De igual suerte todos los demás dioses, según su carácter y peculiares atributos eran relacionados con otros seres y con otros fenómenos más antiguos. La relación que existe entre el principio creador y la cosa creada, no era concebida sino bajo la forma de generación ó de nacimiento, al mismo tiempo que se consideraba al universo dotado de una vida como la de los animales, y como organismos animados también al cielo y á la tierra. El concepto de *creación*, tan antiguo en Oriente, y que desde los primeros tiempos fué conocido por los Indios, los Persas y los Hebreos, los cuales suponían que la divinidad había formado el mundo según un plan previamente trazado, como un artífice una obra perecedera, era perfectamente desconocido para los Griegos antiguos, porque no podía existir sino en una religión que atribuyese á la divinidad existencia propia y eterna. De aquí

plicación alegórica, prueban que las creencias religiosas del pueblo eran consecuencia de las teorías de ambos poetas.]

¹⁾ Por difícil que sea determinar la etimología de *Cronos*, (pues no se sabe aún á ciencia cierta si su nombre se deriva de *χραίνω* [véase G. Gurtius, *gr. Etymol.*, p. 147] ó de *χρόνος*) todo lo que de él se ha dicho, está perfectamente de acuerdo con estas ideas: su reinado en la edad de oro, la representación de una vida sencilla y patriarcal en la fiesta *Κρόνια*, Cronos como soberano del mundo de los héroes muertos y otras análogas. [Acerca de lo arriba dicho sobre el gradual desenvolvimiento del mundo, deben verse los *Prolegomena* de O. Müller, p. 375-376.]

que la Teogonía, en la más lata acepción de esta palabra, esto es, nociones sobre la genealogía de los dioses, es tan antigua como la misma religión griega, y seguramente los poetas primitivos dieron cabida á tales leyendas en sus cantos, y las difundieron con ellos. Como resultado de los esfuerzos de aquellos rápsodas para clasificar y agrupar los seres teogónicos, debe considerarse á los Titanes, conocidos tanto por Hesiodo como por Homero, y los cuales son como el paso ó grado de transición de los entes primitivos más generales á las divinidades olímpicas, por las cuales fueron precipitados á las profundidades del Tártaro.

Rodeado de tales tradiciones y antiguos poemas, era imposible que Hesiodo, como muchos modernos han supuesto, formara su Teogonía con arreglo á ciertas ideas propias filosóficas y abstractas acerca de las fuerzas de la materia y del espíritu: si así fuera ¿habría encontrado tan benévola acogida su Teogonía en las generaciones sucesivas? Por otra parte, no puede considerarse á Hesiodo como un simple recopilador de tradiciones dispersas y de fragmentos de antiguos poemas, que él repitiera al acaso y desconociendo su estrecha y oculta conexión. Es, por el contrario, evidente, á juzgar por la elección que hace entre las diversas versiones de una misma fábula y por la ingeniosa disposición de las varias partes de su obra, que se sujetaba á ciertas ideas fundamentales, y á una idea general acerca del desarrollo de la vida del Universo.

A fin de aclarar este punto, será conveniente explicar la naturaleza de los entes primitivos que, según la Teogonía, precedieron á la raza de los Titanes, á fin de poner de manifiesto la unidad y coherencia de las ideas de Hesiodo. Respecto de lo demás, bastará con hacer consideraciones más generales.

«Desde el principio, comienza el poema teogónico propiamente dicho, existía el *Caos*,» (vocablo sinónimo de *χάσμα*, hendidura), esto es, el abismo en el que desaparece toda formación y externa apariencia, y el cual sólo puede concebirse excluyendo toda idea de forma definida. Es evidente que Hesiodo, en el mero hecho de presentar como surgidos del *Caos* á otros seres, no pudo entender por tal un espacio vacío ni la materia inerte ó acumulación de átomos de toda especie, sino que debió imaginárselo como organismo vivo y primera y oscura fuente de la vida universal.» Después nacieron (naturalmente del *Caos*) la Tierra de ancho seno, el suelo inquebrantable sobre lo que todo está sus-

tentado, Tártara en las profundidades de la tierra, y Eros, el más hermoso de los dioses inmortales ¹). La Tierra, según las ideas de los Griegos y de muchos pueblos orientales, madre de todo lo que vive, surgió del negro Abismo, tiene sus raíces en la noche más tenebrosa, y su superficie es el suelo, sobre el cual se desarrollan la luz y la vida. Tártara es, por decirlo así, el lado oscuro de la Tierra, la parte por la cual está en eterno contacto con el Caos. Si la Tierra y Tártara representan la materia contenida en el Caos, Eros, por el contrario, es la manifestación del espíritu vital como principio de todo lo que se reproduce y crece. Fué realmente una idea sublime del poeta teogónico la de presentar al dios del amor como procedente del Caos, en el principio de todas las cosas, aunque, según todas las probabilidades, este pensamiento no era en él original, porque se encontraba ya expresado en los himnos á Eros que se cantaban en Tespia ²). No es, en realidad, una coincidencia meramente fortuita que esta ciudad, situada á unos cuarenta estadios de Ascra, poseyera el templo de Eros más célebre en toda la Grecia, y que Hesiodo atribuyese á este dios una dignidad y una importancia de que no se ve huella alguna en los poemas homéricos. Parece, sin embargo, que el poeta se contentó con tomar aquella idea de los himnos tespios, sin hacer especial aplicación de ella en el resto de su poema, porque, si bien se sobreentiende que Eros es la causa directa de todas las uniones y nacimientos de los dioses, el poeta, no obstante, ni lo expresa claramente, ni siquiera hace á ello alusión alguna. «Del Caos surgió el Erebo» — las tinieblas de las profundidades de la tierra — «y la negra Noche» — la oscuridad que se extiende sobre la superficie de la tierra. — «De la unión de la Tierra y del Erebo, nacieron el Éter y el Día.» La contradicción aparente que salta á primera vista al considerar

¹) Platon y Aristóteles en sus citas de este pasaje [*Sympos*, p. 178 b. *Metaphys.* 1, 8, p. 989 a, 10 y 14, 4, p. 1091 b, 4. Véase el tratado de Meliso, Jenófanes, Gorgias c. 1, p. 975 a, 11, Sexto Empírico, *adv. Mathem.* 9, p. 550 y los comentarios de Schömann á la Teogonía, p. 86] omiten á Tártara (llamada también Tártaro) sin duda solo porque no tenía tanta importancia como los demás *principia mundi*. El Tártaro podía también hallarse comprendido en la Tierra, porque también se le llama á veces *τάραρα γαιης*. Pero el poeta teogónico, debía indicar aquí su origen, porque más tarde, verso 821, hace nacer á Tierra de la Tierra y del Tártaro.

²) [Pausanias 9, 27, 2 los atribuye á Pamfos y á Orfeo, y sostiene que fueron cantados por los Licomidas.]

que la unión de estos oscuros hijos del Caos produce el Éter, eternamente esplendoroso en las alturas del Universo, y la Luz del día que se extiende sobre la tierra, no es más que una consecuencia de la ley general que sigue la Teogonía, y según la cual aparece primero la materia opaca é informe, y el mundo se mueve continuamente pasando de la oscuridad á la luz. Esta hermosa creación de la fantasía, el nacimiento de la luz del seno de la oscuridad, se encuentra también en las cosmogonías de otros pueblos antiguos. «La Tierra engendró primero al Cielo estrellado de igual extensión que ella, á fin de que la envolviera enteramente, y para que fuese la eterna morada de los dioses, y después las vastas montañas, deliciosa morada de las Ninfas.» Así como las montañas no son más que elevaciones de la tierra, así también imaginábanse al cielo como un sólido que se extiende sobre ella, y el cual, según las leyes generales ya más arriba indicadas, nació del seno de la Tierra. Al mismo tiempo, la natural observación de las varias fuerzas fecundantes y vivificantes que la tierra recibe del cielo, indujo á los Griegos (que ya lo habían hecho, si bien en forma menos directa, en otros mitos), á considerar al Cielo y á la Tierra como unidos en matrimonio ¹), y cuya descendencia forma en la Teogonía una segunda y numerosa generación de dioses. Pero antes de esto, menciona otro parto de la Tierra: «La Tierra parió también el proceloso mar, Pontos, sin previa unión amorosa.» La razón que movió al poeta á hacer constar expresamente que Pontos fué engendrado por la Tierra sin intervención del amor, aunque también los demás seres antes nombrados fueran igualmente procreados por ella sola, no fué, sin duda, otra que el deseo de que se le considerara como un ser duro é inhospitalario; Pontos es salado é indómito, y está separado desde su nacimiento de los ríos y de las fuentes de agua dulce que nutren á las plantas y á los animales. Los ríos y las fuentes nacieron del Oceano, llamado el primogénito de los Titanes, los cuales, con los Cíclopes y los Hecatonquiros, nacieron de la unión de la Tierra y del Cielo. Por lo que hace á estos seres, baste aquí observar que, según Hesiodo, los Titanes representan un orden natural en que se compenetran entes elementales, potencias dinámicas é ideas de orden y de regularidad formando un todo; los Cíclopes denotan las pasajeras alteracio-

¹) Véase Cap. II (Religión).

nes de este orden por las tempestades, y los Hecatonquiros ó gigantes de cien brazos, la terrible fuerza de los grandes cataclismos de la naturaleza.

El plan sucesivo del poema es el resultado de su carácter mixto de genealógico y narrativo. Al hablar de cada nueva generación de dioses, nárrese la serie de acontecimientos en virtud de los cuales alcanza esta el poder subyugando á las razas más antiguas. Así, á la enumeración de los Titanes y de sus hermanos los Cíclopes y los Hecatonquiros sigue el relato de cómo Cronos, creando nuevos entes, priva á su padre Uranos del poder de relegar á las tinieblas á los seres que ya existían: siguen luego las familias de los otros seres primordiales, la Noche y Pontos, y los descendientes de los Titanes. Hablando de Cronos, el poeta narra el modo cómo Zeus logró librarse de ser devorado por su padre; y cuando más tarde menciona á Iapetos, refiere la historia de su hijo Prometeo, que, provocando la ira de Zeus, se hace defensor del género humano, para desdicha más que para ventura de los mortales; continúa con la descripción detallada de la lucha que Zeus y sus hermanos y hermanas, guiados por los Hecatonquiros, sostienen contra los Titanes; con la del horrible Tártaro, donde los Titanes fueron al fin encerrados, y la cual no puede negarse que está plagada de adiciones de los rapsodas; y finalmente, con la rebelión de Tifeo, hijo de la Tierra y del Tártaro, contra Zeus. La descendencia de Zeus y de los dioses olímpicos, sus aliados, formaba la última parte de la Teogonía primitiva.

En la misma sencillez de este plan se observan ciertas sutilezas que permiten entrever un premeditado intento en el poeta. Hesiodo, por ejemplo, habría podido unir los descendientes de la Noche, procreados sin previa unión amorosa (versos 211 y ss.) á los hijos que en ella engendró Erebo, esto es, el Éter y el Día (verso 124); pero antes narra la lucha entre Cronos y Uranos y la mutilación de este último, que motivó la primera alteración del orden cósmico, hasta entonces tranquilo; siendo al mismo tiempo causa de que penetrasen en el mundo la maldición y la ira, personificadas en las Erinyas (así como la fuerza productora arrebatada á Uranos creó las ninfas dryadas, esto es, los mejores productos de la vegetación, los gigantes ó manifestaciones las más poderosas de la humanidad, y por último, la diosa misma del amor). Después de aquel cataclismo, la Noche solo arroja

de su tenebroso seno seres que, como la muerte, la discordia, el dolor y los vituperios, se coligan con las necesidades y las miserias de la existencia terrena. La descendencia de Pontos, tan fecunda en mónstruos con los cuales los héroes habían de sostener después las más terribles luchas, no aparece, y con razón, en la obra, sino después del primer acto de violencia contra Uranos. Es igualmente producto de madura reflexión el que los dos Titanes, Cronos y Iapetos, también mencionados juntamente por Homero, aparezcan en la genealogía de sus descendientes (versos 453 y 507) en un orden distinto del en que aparecen cuando se hace por primera vez mención de los Titanes (versos 132 y ss.) Aquí Cronos es el más joven, como en Hesiodo Zeus es el menor de sus hermanos, mientras que en Homero gobierna por derecho de primogenitura. Hesiodo supone al mundo en perpetuo estado de desarrollo, y como los hijos subyugan á los padres, así también los más jóvenes, colocándose á la cabeza de un nuevo orden de cosas, son los más poderosos. La estirpe de Iapetos, que se refiere exclusivamente á los atributos y destinos de la humanidad¹⁾, aparece, por el contrario, después de los descendientes de Cronos, de los cuales traen su origen los dioses del Olimpo; porque los actos y el destino de aquellos Titanes de forma humana están determinados por sus relaciones con los Olímpicos, los cuales, reservándose para sí una felicidad constante, uniéronse para rechazar con severidad las audaces tentativas de los Iapétidas.

Aunque en realidad este poema no es un simple y desordenado monton de groseros materiales, y aunque encontramos en él muchas ideas perfectamente encadenadas y un plan bien meditado, es innegable que en la Teogonía, lo mismo que en los Trabajos y Días, no se halla el perfecto arte y la composición acaba-

¹⁾ En la genealogía de Iapetos en la Teogonía, encontramos restos de un antiguo poema sobre la suerte de la humanidad. Según este poema, *Iapetos* mismo es el hombre caído (de *ἰάπτω*, raíz *IAPI*), esto es, la humanidad excluida de la suprema bienaventuranza. Entre sus hijos, *Atlas* y *Menecio*, representan el *θυμός* del alma humana; *Atlas* (de *εἰλῆναι*, *TAA*) el ánimo sufrido y perseverante á quien los dioses impusieron la carga más pesada; y *Menecio*, (de *μένος* y *οἶτος*) el indomable, á quien Zeus precipita en el Erebo. *Prometeo* y *Epimeteo* representan, en fin, el *νοῦς*; el primero la previsión, el espíritu reflexivo; el segundo la ligereza, la estolidez; y los dioses ordenan las cosas de modo que las ventajas que la humanidad consigue por el uno, las pierde por el otro, que personifica la irreflexión.

da que nos sorprenden y maravillan en las obras de Homero. Hesiodo no sólo ha conservado fielmente la tradición antigua y dado cábida en su poema á muchas sentencias de siglos anteriores sin introducir en ellas alteración alguna ¹⁾, sino que parece también que ha prohijado, sin cambiar mucho su forma, largos pasajes y aun himnos enteros que encajaban bien en el plan primitivo de su obra. Así se observa que la lucha de los Titanes no comienza, como era de esperar, en la decisión de Zeus y de los demás dioses Olímpicos de hacerles la guerra, sino con el encadenamiento de Briareo y de los demás Hecatonquiros por Uranos; y sólo cuando nos ha referido cómo Zeus les dió libertad por consejo de la Tierra, nos presenta el poeta la lucha de los Titanes ya muy adelantada. Esta parte de la Teogonía termina relatando cómo los dioses confiaron á los Hecatonquiros la custodia de los aprisionados Titanes, y cómo Briareo, por su casamiento con Cymopoleia, vino á ser yerno de Poseidon. Este Briareo, llamado también Egeon por Homero (*Iliada* 1, 404), y que representa el impetuoso movimiento del mar, era un demonio íntimamente ligado con el culto de Poseidon ²⁾; y es de creer que en los templos consagrados á este dios se cantasen himnos en los cuales fuera especialmente celebrado como vencedor de los Titanes, y que uno de estos himnos sirviera á Hesiodo de base para su Titanomaquia.

Es también casi indudable que la Teogonía fué interpolada en muchos pasajes por los rápsodas, cosa muy natural tratándose de un poema transmitido á posteriores generaciones por tradición oral. Las enumeraciones de diversos nombres, como por ejemplo, la especificación de los ríos llamados hijos del Oceano (versos 338 y ss.), ofrecían numerosas ocasiones á la interpolación de nuevos versos. Entre aquellos ríos se omiten precisamente los nombres de los que con más razón debían mencionarse, como el Asopo y el Cefiso, en Beocia, al paso que figuran otros muchos que son extraños á la geografía homérica, como el Fasis, el Istro, el Eridano, el Nilo, y este último con el nombre, no de Egipto, como

¹⁾ [Véase p. 135.]

²⁾ Poseidon, llamado así de αἴγες, que significa olas agitadas, llamábase también Αἰγαίος y Αἰγαίων. [Véase Hesiquio en αἴγες: τὰ κύματα. Δωριεῖς. Artemidor Oneirocr. 2, 12, asegura que también se usaba la expresión κύματα αἴγας ἐν τῇ συνηθείᾳ λέγομεν. Sobre su etimología véase G. Curtius, p. 170, y sobre su significado O. Müller, *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie*, p. 272.]

le llamó Homero, sino con su moderna denominación. Pero lo más extraño es que en este catálogo, por cierto no muy largo, ha sido de tal modo utilizado el pasaje de la *Iliada* (12, 20 y ss.), que de los ocho riachuelos, en dicho pasaje mencionados, que partiendo del Ida corren en dirección á la costa, aparecen siete en la Teogonía; prueba incontestable de que este poema recibió no pocas adiciones de los rápsodas, que acostumbraban recitar, juntamente con los poemas *hesiódicos*, los *homéricos* ¹⁾.

La Teogonía original, como ya hemos dicho, terminaba con las genealogías de los dioses, esto es, en el verso 962, puesto que la parte siguiente fué agregada á la obra para que sirviera como de transición á otro poema más extenso que los rápsodas unían á la Teogonía como si fuera continuación de ésta; pues no es verosímil que á un cantor de tales tradiciones genealógicas se le ocurriese la idea de celebrar á las diosas que, en unión amorosa con hombres mortales, dieron vida á hijos divinos (que tal es el asunto de la última parte de la versión que ha llegado hasta nosotros), á menos que al mismo tiempo se propusiera cantar á los dioses que en mujeres mortales engendraron poderosos héroes (cosa muy frecuente en la mitología griega). Ciertamente es que el dios Dionysos y Heracles, colocado en el número de los dioses, que nacieron de una unión de esta última especie, aparecen nombrados en la primera parte del poema (versos 940 y ss.); pero hay aún otros muchos héroes cuya genealogía no aparece, y los cuales son tanto ó más importantes que los nacidos de diosas, como Medeo, Foco, Eneas y otros. Por otra parte, los últimos versos de la Teogonía nos suministran una prueba patente de que á ella se agregó un poema de esta índole, puesto que las mujeres para cuyo elogio se invoca á las Musas en estos versos, no pueden ser otras que aquellas mortales bellezas por quienes los dioses descendieron del Olimpo. En breve examinaremos el carácter de este poema hesiódico, por desgracia perdido.

Hasta aquí no hemos hablado de la parte de la Teogonía que ha ofrecido más dificultades á la crítica —nos referimos al proemio— porque sólo un examen general de todo el poema podía co-

¹⁾ [Por lo demás, puede también suponerse que muchos poemas están sacados de una misma y primitiva fuente. Véase además, por lo que toca al catálogo de los ríos de Hesiodo, los comentarios de Schömann á la Teogonía, p. 171 y ss.]